

Miércoles I de Adviento Ciclo C



4 de diciembre de 2024

Is 25, 6-10

Sal 22

Mt 15, 29-37

P. Eduardo Suanzes, msp

Continuamos avanzando en nuestro tiempo del Adviento. Ahora se nos presenta la imagen de un banquete extraordinario, otra vez con la frase inicial «*en aquel día*». Se nos invita con estas tres palabras a levantar la cabeza, a otear el horizonte: como si estuviéramos navegando y se nos apremiara a salir a cubierta; que nos dirijamos a la borda del barco y usemos el catalejo para divisar un punto concreto del horizonte. Sí, ese día...un banquete especial e inesperado.

Antes que nada, darnos cuenta de algunos detalles:

Las palabras «*en este monte*» se repiten por tres veces. Es importante para Isaías precisarnos dónde sucede esto. El «monte» en la Biblia es el ámbito divino, el lugar de la manifestación y revelación divinas.

En el monte suceden cuatro cosas: 1ª) Dios dará un festín; ¿para quién?: «**para todos**» ; 2ª) arrancará el velo que nos impide ver; ¿de quienes?: «**de todos los pueblos**»; 3ª) Destruirá la muerte «**para siempre**»; y 4ª) borraré toda afrenta que se le haya podido hacer; ¿de dónde?: «**de toda la tierra**». Fíjense que no hay exclusivismos; no se hace lo que se promete a unos cuantos, o a unos muchos (da igual), se hace a todos. No se realizará solo sobre los buenos, sobre los que no han cometido pecados, sobre los justos...No...:se realizará sobre todos. Más claro el agua. Aquí sí que no hay ambigüedades. ¡Qué maravilla lo que se promete para toda la humanidad! Y esto sucederá para siempre. Esto es lo que significa que la mano de Dios reposa, por fin, en el Monte. La mano es el símbolo o expresión de la fuerza y el poder efectivo. Pues bien, una vez más, la fuerza y el poder de Dios están en su misericordia para con todos, indiscriminadamente, sin atender a cómo son, sin que nadie tenga que presentar para estar a su lado, pasaporte de buena conducta.

El rey, además, hace regalos en su banquete. El primero es su presencia y manifestación. ¿Cómo lo hace? Antes, los pueblos no veían al Señor porque estaban como ciegos; ahora, el Señor en persona les destapa los ojos para que puedan conocerlo. «*Arrancará de este monte el velo que cubre el rostro de todos los pueblos, el paño que oscurece a todas las naciones*». A partir de entonces todos lo reconocerán, podrán conocerlo y unirse presencialmente a él. El primer regalo es, pues, que el Rey, el Señor, se da a sí mismo con su presencia.

Pero además se va a exceder este Rey: aniquilará la muerte para siempre, que era la maldición original del hombre cargada desde el Génesis¹: los convidados vivirán para

¹ Cfr. Gén. 3

siempre con él. El Dios de la vida es aquel que eliminará la muerte para siempre. La victoria sobre la muerte es como una re-creación que permite al hombre volver a la vida nueva, una vida nueva porque será sin dolor ni lágrimas. Isaías concluye diciendo: «*Lo ha dicho el Señor*», y no ha dicho promesa más grande en todo el Antiguo Testamento.

En el Evangelio, la primera escena que se nos muestra es la de gente desolada: sufrimiento, discapacidad física, ceguera y sordera, postración por doquier: es una especie de sumario del dolor. Me llama la atención cómo se dice que Jesús estaba sentado en el monte (símbolo de la cercanía de Dios) y toda esta postración la «*tendieron a sus pies*», como si de una alfombra se tratara. Es como si se estuviera describiendo estéticamente una verdad teológica profunda: el mal a los pies de Jesús que adopta la postura del Rey. ¡Estamos en «*aquel día*»!. Es como la introducción a lo que viene después.

El nuevo pan es la donación del ser propio, el nuevo alimento es el amor real compartido con otros. Dios es amor que se da y se da hasta el extremo, hasta la abundancia de su ser². Él es amor dado, e invita a los discípulos a que lo sean-hagan. Al principio tienen dudas, no saben cómo: «*¿dónde vamos a conseguir en este lugar despoblado, panes suficientes para saciar a tanta gente?*» Pero resulta que el número siete expresa la totalidad. Sí que tienen todo su ser para donar vida a los otros.

Jesús toma en sus manos esos siete panes (el ser de los discípulos), los bendice (los pone en Dios) y los pasa para que los repartan (les encomienda que amen, que se den). Con Dios es posible la donación del ser. Jesús lo ha venido mostrando en todo el evangelio. Aceptando a ese Jesús, poniéndose en sus manos, es posible ponerse a darse uno mismo. Y ese amor dado por cada uno se multiplica, pues el amor llama al amor. Por eso pueden comer todos: Y sobran, una vez más, todas las canasta del mundo, siete canastas. El amor dado se multiplica y siempre sobra. No se dice quién recoge las sobras. Puede inferirse que es la propia gente («*todos*» los que comieron y se saciaron). Nadie se guarda las sobras para sí mismo. Todo se pone en común, listo para un nuevo reparto. Sobra para que todos puedan «*alimentarse* » de por vida: eso significan los «*siete canastos*»

Es el banquete mesiánico caracterizado por la abundancia de la donación de que hablaba Isaías. Pero no hay que confundirse, hay que ir al fondo: los manjares sustanciosos y los vinos exquisitos el evangelio los centra: son la entrega, la donación del propio ser. El mensaje es claro en este comienzo del Adviento: Jesús que viene trae un Pan nuevo y poderoso, no perecedero que da Vida con mayúscula. Es el Amor de Dios presente en cada uno de sus hijos que llama a desbordarse, a donarse.

² Cfr. Jn 13,1